



Empezaban a pesar los párpados y a apretar los vaqueros. Lo normal un domingo un par de horas después de cenar. Lo normal si hubiera sido un domingo normal, claro. Pero de reojo me miraba una maleta de 20 kg a la que tampoco parecían gustarle los vuelos a las seis de la mañana, y mucho menos uno con escala y una duración prevista de 13 horas y 15 minutos. A la 1:30 ya se me cerraban inevitablemente los ojos, pero estar en el aeropuerto con cuatro horas de antelación parecía poco teniendo en cuenta los nervios y la preocupación por los posibles contratiempos que pudieran surgir.

Cuando compramos unos billetes y vamos a emprender un viaje nos volvemos más prudentes, precavidos y puntuales que nunca. Pero en general a los vuelos y a los aviones no les prestamos demasiada atención, como si nada de eso existiera los días que no nos toca volar a nosotros. Solo, si acaso, cuando lamentablemente ocurre algún incidente. Y es que parece que es el día de antes de nuestro viaje cuando arrancan todos los motores y los aeropuertos se llenan de personal, todo con el fin de desempeñar su trabajo y que en el fondo el resto de personas que no viajan ese día sigan pensando que no hay ningún problema como para recordarles que existen; cuando lo cierto es que cada día vuelan más de 100.000 aviones en nuestro cielo.

Y ahí estaba yo, a punto de embarcarme en esa aventura mientras probablemente en la cabeza de la mayoría de personas solo flotaba la idea de que en unas horas empezaría un lunes otra vez. Pero precisamente porque a mí me gustan los lunes elegí ese día para despegar, por supuesto no tiene nada que ver con que fuera más barato. Decidí ponerme la americana para darles un poco de estilo a las ojeras y coleta despeinada con las que preveía aterrizar, escogí unas zapatillas cómodas y a las dos de la madrugada ya estábamos mi maleta y yo en el aeropuerto de Madrid. Había tanto silencio que parecía como si mis pensamientos hablaran en voz alta. Me senté en el suelo – al igual que decenas de personas que dormían plácidamente sobre sus mochilas y abrigos – y me miré el tobillo izquierdo. Solo hacía diez días que me había tatuado un trébol de tres hojas irlandés. Ese viaje, además de la piel, me había cambiado la vida, así que pensé que también podría hacerlo el que estaba a punto de comenzar – y de hecho, lo hizo –. Me levanté. La oleada de emoción que me sacudía el pecho combatía las ganas de dormir.

Las horas pasaban. Era el primer vuelo que hacía con escala y dos compañías aéreas diferentes y no tenía muy claro el procedimiento. No sabía cuántos billetes necesitaba o a cuál de las dos facturaría la maleta. En serio, ¿cómo debe comportarse uno con escala? Se te presentan muchas más dudas viajando en solitario, pero es incluso divertido ponerse a prueba de vez en cuando, pues te hace crecer y madurar un poco más. De todo se aprende. Pero para lo que nadie está preparado nunca es para ese momento doloroso en el que tienes que despedirte de tu maleta mientras ves cómo se la traga una cinta que acaba desapareciendo. Llegado ese punto, no me quedaba más remedio que fiarme y confiar, a pesar de que en los últimos días bastantes personas de mi alrededor me habían advertido de los riesgos y altas probabilidades de que se extraviara, casi obligándome a contratar un seguro *premium* para cualquier posible drama.

- Pero, ¿conoces a alguien a quien le haya pasado?
- No, no; pero es muy común.

Así que tras entregar mi maleta y recibir el primer billete, embarqué en el avión y el primer vuelo de un par de horas transcurrió con total normalidad y fluidez. De esa manera, a las nueve de la mañana de aquel lunes de mayo yo ya estaba paseándome por el aeropuerto de Bruselas en busca de la segunda parte de la aventura. Mi maleta encontraría el siguiente avión por su cuenta mientras yo me entretenía pasando controles de seguridad. Hasta ahora nada había sido complicado, pero no pude evitar asustarme al ver esas máquinas con luces verdes y rojas que comprueban que la foto del pasaporte coincide con el rostro que analizan. Siempre que viajo a Londres hay algún error cuando llega mi turno, pero afortunadamente en ese caso no tardé ni diez minutos en pasar a la zona de puertas de embarque. De momento viajar a Estados Unidos no estaba resultando tan complicado como me habían hecho pensar.

Al llegar al área de espera de mi segundo vuelo vi en una pequeña pantalla indicaciones para dirigirse a un mostrador determinado a recoger la nueva tarjeta de embarque en caso de estar realizando una escala. ¡Ajá!, así que así funcionaba. Me cambiarían el billete de la primera compañía aérea por el de la nueva para el segundo trayecto, que duraría siete horas y media. Fácil y rápido. Y entonces llegó el momento clave del viaje: el por qué.

Todo había comenzado hacía casi dos años cuando mi principal afición se había convertido en viajar sola para visitar a amigos o familiares a ciudades europeas. Mientras estudiaba, gracias a los trabajos temporales que iba encadenando, conseguía escaparme y mantener un ritmo de no más de dos meses sin viajar. Nada mal. Pero compaginar la vida real y sus correspondientes obligaciones con la vida soñada no era sencillo, aunque sí posible: estableciendo pequeños objetivos, con esfuerzo, determinación y aprovechando bien el tiempo libre y los tiempos muertos. Conozco a personas que han perdido peso haciendo sentadillas precisamente en estos ratos porque, aunque no lo parezca, se pueden hacer muchas cosas mientras se calienta la leche en el microondas. Dos minutos son 120 segundos, nada más y nada menos.

En mi caso, después de haber estado todo el año trabajando de lunes a domingo, si alguien me hubiera dicho que iba a acabar montada en ese avión, me habría reído. Nunca me habría imaginado que las horas extra que hice en Navidad, el dolor de pies y, sobretodo, la mala noticia del cierre de mi lugar de trabajo – con mi correspondiente despido – fueran a tener tal desenlace. No sé si es cierto lo que dicen algunas personas de que todo pasa por algo, pero lo que es verdad es que ese inesperado giro de los acontecimientos me dejó con un finiquito y una indemnización recién salidos del horno. Por un momento habían coincidido la disponibilidad de tiempo, de dinero y de ganas. ¿Cuántas veces ocurre eso en la vida?

Como consecuencia, aquella aventura no respondía a una única pregunta, sino que era una combinación de muchos porqués. Por eso para mí ese viaje de 13 horas no representaba un mero trámite desagradable que tenía que pasar para llegar a mi destino; sino un premio, un regalo. Recuerdo que infinidad de posibilidades, proyectos y planes aparecieron ante mis ojos cuando perdí aquel trabajo y cobré lo que me correspondía. Pero al final escogí la opción que más me removía por dentro, la que no quería contar a nadie. La más disparatada, arriesgada y emocionante. La que me llevaría a una ciudad de otro continente a conocer a una persona tan afín a mí que era hasta difícil de creer. Aparentemente, de un día para otro lo había perdido casi todo y sin embargo estaba a punto de cantar bingo.

Llegó mi turno. Los señores del mostrador que me tenían que dar mi nueva tarjeta de embarque necesitaban saber la razón por la que había decidido invertir mi

tiempo y dinero en esos billetes. Pues ¿quién era realmente esa persona a la que iba a visitar y por qué?

Eran las 10:30 del lunes y llevaba despierta desde el domingo por la mañana. Caminé en silencio hasta el interior del avión contando cada uno de mis pasos. A pesar del entusiasmo por hacer ese viaje, planeado desde febrero, había algo que tiraba de mí. La situación había cambiado ligeramente los últimos días en Madrid y me apretaba un nudo en la garganta por un mal presentimiento que nada tenía que ver con el vuelo. Y es que me iba. Me estaba yendo. Hacía un par de semanas que mi camino se había cruzado con el de otra persona que se había colado en mi vida y convertido en magia. Por eso tenía un miedo aterrador a perder todo lo que dejaba atrás con cada uno de esos pasos que me condujeron finalmente a mi asiento. Incluso recuerdo que en alguna ocasión coqueteé con la idea de cancelar el vuelo. No estaría fuera mucho tiempo, pero en ese momento sentí la impotencia de querer retener agua con las manos. Se me escapaba... ¿O quizá me estaba escapando yo?

La necesidad y el deseo irrefrenable de aventurarme y volar se habían ido diluyendo ante la música que había inundado Madrid esos días. Las risas flotaban, y la gente y los planes parecían haber desaparecido tras haberle conocido a él, incluso las ganas de encontrarme con quien me esperaba en mi destino. Pero cogí ese avión, el plan siguió su curso y, a pesar del cansancio y las dudas, yo desprendía una luz que cualquier persona cerca de mí percibía. Lo sé porque me miraban con curiosidad y hasta cierta envidia, me atrevería a decir, y cuando se cruzaban directamente con el brillo de mis ojos de enamorada, sonreíamos. Me sobraban los motivos para sonreír.

Dos pasillos separaban las tres zonas de asientos. Me había tocado ventanilla. Bien. Almohada, manta, pantalla, puerto USB para cargar el móvil, cascos... Me acomodé casi ronroneando. A mi lado se sentó una señora mayor con cara de preocupación. A mucha gente no le excita volar tanto como a mí, pensé. Y a continuación comencé a deleitarme con la gran cantidad de opciones de películas, series y juegos que ofrecían las pantallas. Lo mejor era que tenía el tiempo suficiente para ver un par de películas o incluso tres. Tiempo para mí. Tiempo que siempre reclamamos cuando andamos sumidos en la frenética rutina. Y ahí estaba, invitándome al irrechazable plan de “peli y mantita”. Me volví a sentir profundamente afortunada.

Mi filosofía consiste en no esperar a llegar al lugar en cuestión para disfrutar de un viaje, pues considero que la diversión empieza desde que sales de casa con la maleta. El trayecto y los medios de transporte también forman parte de la aventura. Sin ellos no habría siquiera destino, y este estaba siendo un capítulo muy importante. Realmente, cuando ya estás sentado con varias horas por delante y solo cabe esperar, no concibo otra actitud. Puedes quejarte por millones de cosas e impacientarte, sí. Yo prefiero disfrutar.

Precisamente el resto de pasajeros se movían nerviosos en sus asientos porque llevábamos media hora de retraso, cuando el comandante anunció lo que temíamos:

- ... lamento informarles de que el avión despegará con 45 minutos más de demora por causas ajenas a la compañía.

Por la ventanilla pude ver a dos trabajadores del aeropuerto de Bruselas con algunas maletas – pocas para ser un avión tan grande – que deberían haber estado ya cargadas en la bodega. En efecto, una huelga de personal de tierra había causado retrasos y provocado que todavía no hubieran llegado todas a la escala con nosotros.

¿Sería la mía una de las afectadas? En cualquier caso, no podíamos despegar hasta que aparecieran las restantes y entonces maletas y pasajeros estuviéramos unidos bajo la misma aeronave en una continuación de esta historia de amor tan particular entre dueños y pertenencias.

En un contexto de recientes denuncias por *overbooking*, polémicas con aerolíneas e incidencias en vuelos, se respiraba la tensión en cuanto algún detalle no seguía el plan a rajatabla. Así que era el momento de estrenar la lista de música que había preparado para el viaje. Pensé en Madrid de nuevo y en quien había dejado atrás. Cogí el móvil y ahí estaba la carpeta: “Bryan”. Diez canciones únicamente. Y es que no conoces a una persona hasta que no conoces su música, pero yo ahí tenía su *top* diez de canciones favoritas para subirle el ánimo y ponerle de buen humor. Desconexión, buen rollo. Me había regalado una pequeña parte de su intimidad. Le di al *play*. Nunca había escuchado esas canciones antes y la verdad es que me produjeron una sinestesia extraña. Cerré los ojos mientras sonaban y era como si pudiera percibir su olor. Sentí paz. Qué importaban el retraso del vuelo, el paradero de mi maleta, si me iba a llover en los próximos días – que lo hizo, y mucho – o si le volvería a ver a la vuelta del viaje. Me sentí a gusto siendo yo misma. Una vez más.

De pronto noté que tenía muchas cosas que decir y quería compartirlas. Qué curioso todo lo que somos capaces de desarrollar cuando nos dedicamos unos minutos a pensar en silencio. Quería gritar que el humor debería ser la única arma para luchar, que sentía alivio y admiración porque existieran personas con tanta vida dentro, con una frescura como si nada pesara. Que debería importar menos la ropa y más la piel, y que soy adicta a las risas contagiosas. Gracias a esa carpeta de música le pude sentir muy cerca – desgraciadamente por última vez –. Me alegré de estar en este planeta justo en ese punto del espacio-tiempo. Qué tontería, ¿verdad?, todo en medio de un avión parado por un retraso. Pero es que volar y todo lo que conlleva es para mí una enorme fuente de inspiración. Mirar por la ventanilla y contemplar el mar de nubes de colores bañado por un sol deslumbrante. Sentir que allí arriba nada de lo que pase depende de ti. Tu única responsabilidad es tu mente, tus pensamientos. ¿Y lo diminuto que se vuelve todo en cuanto nos alejamos un poco?

El avión seguía sin moverse. Cuando se consumieron los 45 minutos prometidos por el comandante se sumaron otros 30, los cuales aproveché para hablar por teléfono con la persona que me estaría esperando en el aeropuerto de destino en unas horas, cuando ya podría escuchar su voz en vivo y en directo. Y al fin, despegamos.

La facilidad con la que un avión de tal envergadura se separó del suelo fue admirable, y la señora que estaba sentada a mi lado, asustada, me agarró la mano sin darse cuenta. La tranquilicé con la mirada y poco a poco fue cesando su fuerza hasta soltarme, ya deslizándonos entre las nubes. Me contó que venía de África de haber visitado a sus hijos y había traído especias y algunas semillas para cocinar, lo que no sabía si podría pasar a Estados Unidos sin declarar. Se veía que era una mujer fuerte, de manos gruesas pero suaves y pelo trenzado y vigoroso. Soy admiradora confesa de las obras de arte que hacen con su pelo.

No mucho rato después, las sonrientes azafatas comenzaron a pasar con el almuerzo y yo no podía disimular mis ganas. Comer en medios de transporte es algo que siempre me ha gustado, supongo que porque hace más entretenido el trayecto y me sabe todo rico.

- ¿Carne con pasta o plato vegetariano?
- Hmm... vegetariano, por favor – despertó mi curiosidad, me gusta optar por probar cosas nuevas –.

- ¿Y para beber?
- ¿Qué opciones tengo?
- Cualquier cosa de todo lo que ve en el carrito.
- Póngame entonces una copa de vino tinto.

Ahí estaba yo, frente a un generoso salteado de verduras con patata y *couscous*, un trozo de pan, mantequilla y una tarrina de helado de postre. A poca gente se ve disfrutar tanto con un tenedor de plástico en mano. Pero lo que más me fascinaba era la opción que tenían las pantallas para ver la ubicación del avión en el mapa y los datos del vuelo. Yo estaba saboreando mi copa de vino mientras nos desplazábamos a 987 kilómetros por hora sobre el Atlántico, a una temperatura de -52°C. No dudé en coger el móvil y volver a teclear la palabra “Bryan”, esta vez para mandar un mensaje: “Me encanta la vida”. No se enviaría hasta llegar al destino y, de hecho, nunca obtuvo respuesta, pero en ese momento necesitaba compartirlo porque estaba enamorada. Enamorada de la suerte que tenía. De las personas buenas que ofrecen ayuda desinteresada, de las azafatas que sonríen, de los platos de comida caliente. De los detalles que generalmente pasan desapercibidos pero marcan la diferencia. En definitiva, enamorada de esa vida que me encantaba. Y aunque nunca más volvería a verle, gracias a él las turbulencias que aún me quedaban por pasar no me asustaron. Es lo que sucede cuando se sienten cosas bonitas dentro, no hay miedo ni pesimismo. Su energía se había quedado en mí y a partir de entonces yo se la transmitiría a otras personas.

Me disponía a acomodarme de nuevo cuando noté algo húmedo en mi chaqueta. Para mi sorpresa, todo el lateral izquierdo del asiento estaba manchado de helado. No sé cómo había ido a parar allí el postre del niño que se sentaba detrás de mí, pero no recibí ninguna disculpa ni por su parte ni por la de su padre, que evitaba mirarme directamente a los ojos. No obstante, cuando se percató de la situación, la señora que me acompañaba me ofreció su ayuda y varios pañuelos de papel para intentar salvar la mancha blanca de mi chaqueta negra. Reímos juntas.

Una película y una siesta después – por fin pude dormir cómodamente –, las azafatas nos entregaron un documento que debíamos rellenar y entregar a la llegada al aeropuerto. Estaba en francés y no tenían la traducción en ningún otro idioma, ni siquiera en inglés. Hacía bastante que no lo practicaba, pero desempolvé mis

conocimientos y me puse manos a la obra, ayudando sin dudarle a la señora de mi lado, a la que se le llenó la cara de alivio y gratitud cuando vio mis anotaciones en inglés. País de origen del vuelo, lugar de la escala, ciudad de destino, duración de la estancia...; y allí estaba de nuevo: motivo del viaje.

Miré de reojo mi móvil recordando esas diez canciones que había estado escuchando unas horas antes. Estaba claro que en ese momento la situación era distinta a la de aquel día de febrero en que compré los billetes, cuando esa carpeta, “Bryan”, aún no existía. Y estoy segura de que de haber existido, no los hubiera comprado. Pero entonces, ¿quién era esa persona a la que iba a visitar y por qué? La respuesta era sencilla: un amigo, Alejandro.

Alejandro y yo habíamos coincidido por casualidad meses atrás debido a contactos en común y decidido llevar a cabo ese viaje en mayo. La idea siempre nos pareció brillante: él vivía allí, así que por qué no ir a visitarle. Brillante, pero una locura, porque en realidad no nos conocíamos todavía; e inocente, porque no imaginábamos lo que acabaríamos significando el uno para el otro. Ni encontramos inconvenientes ni creamos expectativas, simplemente queríamos convivir durante algunos días, explorar juntos la ciudad y descubrirnos a nosotros mismos. Importante inversión en la que apostamos todo. En ese momento debía estar a punto de llegar al aeropuerto para recogerme. No había nada planeado más allá de eso. Estaba nerviosa.

Quizá toda la incertidumbre y confusión fueron las que hicieron que estuviera tan empeñada en valorar cada paso que daba y disfrutar el riguroso presente. Todo podía cambiar en cuanto bajara del avión, tanto para bien como para mal, así que por el momento quería llenarme de experiencias bonitas independientemente de las conclusiones finales. La última palabra de una novela no tiene sentido sin todas las que te llevan hasta ahí. Segunda copa de vino, por mí.

Aterrizamos una hora más tarde de lo previsto y los pasajeros salieron a toda prisa del avión. La señora que se sentaba a mi lado se perdió también entre el tumulto que se abría paso a empujones y no pude despedirme de ella. No la volví a ver.

El corazón me latía rápido. En ese instante empecé a ser realmente consciente de la situación. Había llegado, estaba ya allí, lo había conseguido. Sentía el cuerpo lleno de

esa ilusión propia del primer día de un viaje, esa sensación que me encanta porque aún tienes todo por delante. Es lo que caracteriza a los comienzos, que están llenos de promesas y siempre hay más por venir. La primera página de un libro, el primer día de trabajo, el primer bocado de tu plato favorito, el primer beso. Yo estaba a punto de vivir un montón de primeras veces y eso me mantenía con la batería al máximo, a pesar de que me quedaban todavía dos horas más de espera para pasar el control de seguridad del aeropuerto de destino...

La fila avanzaba muy lentamente y era tan larga que ni siquiera alcanzaba a ver los arcos de seguridad. Estuve la mayor parte del tiempo hablando con Alejandro por teléfono. Estaba al otro lado esperándome. Me percaté de que había muchas familias con niños muy pequeños, los cuales tenían la misma cara de cansancio que debía tener yo. Además, me preocupaba un poco que mi maleta hubiera salido y estuviera sola dando vueltas en la cinta durante esas dos horas. A través de una ventana pude ver que llovía mucho. Parecía que el tiempo se había parado cuando al fin llegó mi turno. El proceso entonces fue más exhaustivo: tomaron mis huellas dactilares, me hicieron una fotografía, revisaron todos mis documentos de identidad, recogieron el formulario que había rellenado en el avión y me volvieron a hacer algunas preguntas. En ese punto a mí ya se me escapaba la emoción por los ojos. Todo era correcto, todo salió bien. Eché a andar hacia la zona de recogida de las maletas y allí estaba la mía. Alguien la debía haber bajado de la cinta y apoyado en la pared junto a otras. Volvimos a emprender camino juntas. Todo era correcto, todo salió bien.

Durante esos cuatro minutos en los que caminé hasta la puerta de salida se me pasaron muchas cosas por la cabeza, pero nunca me habría imaginado todo lo que me aportaría ese viaje. Aprendí sobre todo que para comerse el mundo hay que ser valiente, que nada viene regalado y la suerte hay que trabajarla. Pude ver que el dinero está frío y la competencia en extremo absorbe la luz de las personas. Ese viaje me enseñó a gente cuyas vidas no son tan justas como deberían, pero que aun así dan todo lo que tienen por ayudarte. Comprobé que a veces vivimos sacrificando el presente por un futuro que aún no existe y hasta puede que no exista jamás, por lo que quizá deberíamos invertir más tiempo en priorizar y respirar para no acabar consumidos. En definitiva, después de esos días allí ya no me quedó ninguna duda de que la vida es tan maravillosa como rara, y aunque volví con más preguntas que respuestas, más confusión y más escepticismo,

comprendí que lo que de verdad suma es la habilidad de saber bailar siempre la música que esté sonando.

Siete días después estaría pisando el mismo suelo pero en la otra dirección, de vuelta a casa, con unas circunstancias totalmente diferentes a las de mi llegada. Conocer a Alejandro y vivir esa ciudad cambiaron mi perspectiva tanto del presente como del futuro. Además, nunca volví a escuchar esa carpeta de diez canciones de mi móvil, pues ese mismo día mi mayor temor se hizo realidad y comprendí que no quería seguir compartiendo su magia. Tuve que reinventarme. Por eso me alegro de haber disfrutado cada paso, cada detalle y cada minuto tanto de los días previos como del vuelo y de todo lo que tenía por delante. Al final no dependía de perder o ganar, sino de aprovechar lo que iba sucediendo y guardar lo que me hacía ser un poco mejor.

Llegué a la salida. Había mucha gente esperando con mirada impaciente. Busqué los ojos azules que me esperaban a mí. Las próximas casi 168 horas las pasaría con él, una persona de sangre española y colombiana, cuya pizza favorita es la que lleva piña, baila bachata, juega al golf y todos los bebés con los que se cruza por la calle le parecen adorables. Alguien que disfruta desayunando tanto como yo, es honesto y está decidido a luchar por sus sueños incansablemente. Alguien con quien nunca imaginé tener tanta conexión. Y es en cierta medida irónico, porque acababa de llegar a una de las ciudades más visitadas del mundo – superando los 60 millones de turistas al año –, la más poblada de Estados Unidos, repleta de rascacielos, mil veces filmada, fotografiada e incluso cantada; y sin embargo, mi atención no estaba puesta en toda esta inmensidad. Fueron las cosas pequeñas las que me hicieron disfrutar de esas 13 horas de viaje desde que salí de Madrid, y seguirían siendo las cosas pequeñas las que me harían disfrutar durante los días siguientes. Así es como construí una experiencia memorable. El resultado fue que vivimos algo grande.

Finalmente le encontré. Se giró, nos miramos. Sonreí. Lo había conseguido, empezaba la aventura...

- Bienvenida a Nueva York.